



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

11

PRISIÓN Y MUERTE

¿Será preciso narrar algo de lo que sucedió en Lleida con motivo del Movimiento? El desbordamiento de las turbas; los numerosos crímenes que se cometieron; la constitución de los tribunales que, a fuerza de llamarse populares, violaron los más elementales criterios de justicia, y la explosión, en fin, de los más repugnantes instintos humanos. Todo ello ha sido relatado ya tantas veces y con tal minuciosidad de detalles, que estamos sobradamente excusados de reproducirlo aquí. Basta decir que el 20 de julio empezaron las matanzas y los incendios, que no terminaron hasta su liberación. Se mató con frenesí, con locura, con sadismo individual, colectivamente, con y sin tribunal, antes y después de la sentencia. Por el número de sacerdotes asesinados, Lleida ocupó el tercer lugar de las diócesis españolas. Y sus templos, los que no fueron derribados, sintieron en sus altares y dependencias la violenta extorsión del fuego.

Al señor Obispo se le había puesto, poco antes del Movimiento, una guardia en el exterior del Palacio, guardia que pronto se convertiría en custodia carcelera. Al desmoronarse todo cuanto se había organizado para su defensa, la ciudad fue presa en un instante del terror y del saqueo. ¡Y sin embargo el Sr. Obispo se salvó! Estaban con él su Secretario de Cámara, un familiar recién ordenado sacerdote, el portero y la servidumbre. El primer asalto lo sufrió el palacio por parte de una multitud que, al parecer, como si tuviera un velo ante los ojos, no supo ver al Obispo o al menos no demostró por él el menor interés. Mientras los guardias de asalto buscaban afanosos las armas y los tesoros que creían escondidos en el edificio y ante unos cilicios hallados en la mesita de noche del sencillo dormitorio del Obispo preguntaban qué era aquello y para qué servía, los grupos, también mujeres, desvalijaban el enorme caserón, que sólo a costa de grandes sacrificios económicos se había logrado amueblar. El familiar, ante tamaña insolencia, quería protestar; pero el señor Obispo le atajaba diciendo: «Es inútil, todo se consumará».

Misteriosamente, satisfechos con lo que se llevaban, abandonaron las turbas el edificio, y los guardias, a quienes nada se había prevenido respecto a la persona del Obispo, se retiraron también, fracasados en su minuciosa investigación y registro.

El silencio más absoluto invadió entonces el palacio y sus alrededores. ¿Qué hacer? Los presentes decidieron primero consumir las reservas del Sagrario, rezar un poco y confesarse. Comieron asimismo un bocado, pues era medio día, y resueltos a salir, se arrodillaron ante el señor Obispo, besaron devotamente su anillo pastoral, impartiendo él su última bendición.

Acompañado de una sirvienta salió el señor Obispo por la puerta principal, atravesó la estrecha calle y penetró en la casa que debía ser su primer refugio. Al regresar la sirvienta y, concedores los demás del feliz resultado de la primera tentativa de salvación que se había proyectado, con las lágrimas en los ojos se despidieron para dispersarse. Mientras traspasaban el dintel de la pequeña puerta



Fotografía de la última ordenación sacerdotal en 1936, Lleida.

trasera de la huerta del palacio, otras turbas más nutridas y anhelantes ahora de sangre y fuego penetraban en masa por la amplia puerta de la fachada y perpetraban su saqueo total y destructor. De todos aquellos que estuvieron con el señor Obispo hasta el último instante, ni uno pereció. Del Palacio Episcopal, en cambio, no quedaba, al poco tiempo, piedra sobre piedra.

Aquel primer refugio fue provisional. A los pocos días se le encontró otro que, por estar situado en la parte extrema de Lleida, ya casi en plena huerta, presentaba mejor garantía. Pero allí llegaban también las trágicas noticias. En la ciudad todo eran incendios, saqueos, encarcelamientos y asesinatos. Sacerdotes y más sacerdotes; los seglares más conspicuos; familias enteras iban cayendo en plena calle sin formación de causa, mientras el cielo se ensombrecía con el humo negro de los templos incendiados. El furor se había desatado y nadie podía prever hasta dónde llegaría. A conturbar más los espíritus y hacer más dolorosa la

tragedia colaboraron eficazmente varias columnas de milicianos llegados de Barcelona que iban a defender el frente de Zaragoza. Y el buen Obispo, percibiendo la angustia y el desasosiego de los que estaban a su alrededor, no pudo aguantar más.

José María Álvarez Pallás, en su libro *Lérida bajo la horda* relata así el encarcelamiento del Sr. Obispo: «*El señor Obispo de la diócesis, Ilmo. D. Salvio Huix Miralpeix, pudo escapar de momento y trasladarse a las afueras de la ciudad, pero viendo que la tempestad furiosa desencadenada no menguaba, y para no comprometer con su presencia a la familia, tomó el propósito de abandonar la casa del labrador en que se había refugiado y presentarse a las tituladas Autoridades. Así lo hizo, se presentó al control sito en la salida de la calle del Alcalde Costa, lindante con la carretera de Madrid, y distinguiendo entre aquel grupo de vigilantes alguno de la guardia civil, se acercó a ellos y les dijo: Soy el Obispo de Lleida y me pongo bajo su protección. El asombro fue general, los guardias no supieron qué contestar de momento, otros del control empuñaron sus armas y hubiera sido posible que allí mismo el Dr. Huix Miralpeix diera fin a sus días, si, después de una discusión, los guardias no hubieran conseguido dominar la situación y conducir al señor Obispo a la prisión, rodeado de otros milicianos. La noticia circuló rápidamente como reguero de pólvora. «El Obispo está detenido» exclaman unos con inusitada satisfacción. «¡Hay que matarlo!» pedían los más, y uno de los que lo escoltaron camino de la cárcel, días después, exhibía en sus manos el anillo pastoral del que pronto sería un nuevo mártir».*¹

¿Culparemos a los guardias civiles? Ahora es fácil conjeturar lo que hubiesen podido hacer para salvar al Obispo; pero ¿quién era capaz, en aquellos momentos, de acertar con lo mejor? Nosotros pudimos comprobar personalmente cómo era muy admitido por Autoridades y encargados del orden público el criterio, en buena fe, de que la cárcel era, al fin y al cabo, para las personas buenas, el refugio que presentaba mayor seguridad. No juzguemos, pues, el gesto de aquellos guardias civiles, que hicieron seguramente todo lo que pudieron en momentos de tanta turbación y trascendencia.

Entre los componentes de ciertos sectores del Gobierno de Cataluña, hubo quienes desearon sinceramente la salvación de todos los Obispos. Para otros, en cambio, eran la presa más codiciada. Con el P. Huix ganaron los últimos la partida.

Conocimos las cárceles rojas y sabemos, por consiguiente, el inapreciable valor de un preso optimista y alegre. Allí las cualidades y los defectos de cada uno adquirían su más aguda intensidad. Entrar en aquel recinto desde el 19 de julio de 1936 hasta mayo de 1937, era una probabilidad máxima de muerte. Con juicio o sin él, la prisión era el preludio del fusilamiento. Nadie creía, al entrar, salir de allí sin una sentencia de muerte. Los pesimistas presagios caían como losa de plomo en los ánimos conturbados de los presos. Por esto la llegada de un nuevo compañero, dotado del don de la jovialidad y la alegría, era como un rayo de sol en tarde de horizonte cerrado. Y el P. Huix era de éstos. Sabiendo más que nadie lo que le esperaba, se mostró siempre en su trato atrayente, con una alegría que le salía del alma, alegría que fue una de las notas más destacadas de su carácter filipense. En

.....
¹ Álvarez Pallás, José M^a, *Lérida bajo la horda*, pág 42 (Lleida 1941)

su charla era incluso dicharachero, teniendo siempre a punto, junto a la lección y consejo de maestro y padre, la anécdota, que clarifica los espíritus. A su lado nunca se sentía la tristeza, y en opinión exacta de un sobrino suyo, los problemas más intrincados y las situaciones más difíciles perdían con unas pocas palabras suyas su gravedad y hallaban prontamente una segura y fácil solución.

Paseo Boteros arriba, pasando ante el muro de los patios del seminario, escoltado por la pareja, iba el P. Huix hacia la cárcel. Si a la izquierda dejaba la casa de sus amores, donde se formaban hasta hacía pocos días sus hijos más predilectos, los seminaristas, a su derecha contemplaba su más reciente morada, su palacio episcopal, silencioso y abandonado, condenado, como él, a muerte. Poco pensaban los presos en el regalo que Dios les iba a hacer aquel día, ya que con el Obispo les entraba por las puertas, para compartir día y noche con ellos las amargas horas del encierro, no sólo el Padre, sino el amigo y compañero de corazón grande, de alma recia, de espíritu siempre optimista, con el optimismo de los verdaderos hijos de Dios.

Porque, si su continuado optimismo había sido siempre fundamentado en motivos sobrenaturales, nunca lo fue tanto como en aquellas horas. Hombre de realidades, acostumbró siempre a tomar el pulso a cada hora de la vida. Esta, así como le había puesto en contacto con las almas, no lo había separado del común vivir humano de las familias de Vic. Al corriente de los más minuciosos acontecimientos, poseía un claro concepto del momento que España vivía. Lector metódico y pausado de la prensa, así local como nacional, de la meditación del comentario y del suceso, al parecer, más trivial, sacaba luego unas conclusiones que, si a primera vista parecían desorbitadas, luego se veía cuán lógicas eran. Conocía la situación española que precedió al Movimiento y no podía forjarse ilusiones sobre las intenciones de los carceleros; no lo habían fusilado en la calle, pero ya no mandaban los guardias civiles. Al pisar el umbral de la cárcel leridana, le sonreíría ya muy de cerca la idea del martirio.

No pudo, pues, conturbarle lo más mínimo la prisión. Así que, desde el primer momento se sintió uno de tantos presos. Si acaso, su condición de Obispo, pastor y padre de todos, le llevó a extremar su trato, lleno siempre de delicadeza, para con todos aquellos que, ahora más que nunca, eran sus hijos. Las confidencias de los supervivientes de tan terribles días fueron recogidas inmediatamente después de la liberación de la ciudad y publicadas así en el Boletín Eclesiástico de la diócesis, número 3 del año 1938; *«Sus compañeros de encarcelamiento sintieron gravarse hondamente en sus corazones, y hasta las piedras de la cárcel de Lleida deben tenerlos grabados por dentro, los altos ejemplos de todas las virtudes cristianas del Obispo que, humilde y sencillo, no permitía ser relevado en los oficios más bajos, yendo a por agua y haciéndolo todo como los demás presos, como un innominado; caritativo y generoso, distribuía siempre la comida que almas piadosas le traían, entre los reclusos más necesitados, contentándose con el rancho que en la cárcel se servía; valiente y apostólico, animaba a todos Con sus palabras reconfortantes y sus hechos, ejerciendo decididamente los sagrados ministerios, confesando, predicando a grupos de fieles, distribuyendo la Sagrada Comunión en la que había sido Capilla de la cárcel el 25 de julio, en la época en que la prisión de Lleida era un antro de terror, en que los milicianos rojos se pasaban el día y la noche apuntando con sus fusiles al preso que asomara al exterior».*

Por contener a primera vista una contradicción, este hecho necesita una explicación; explicación que sólo podemos dar quienes vivimos en aquellas cárceles y que se aviene perfectamente al carácter valeroso del P. Huix.

En definitiva, las cárceles, en unos tiempos y otros, tienen muchas cosas de común. Las líneas esenciales del régimen penitenciario no cambian en su aspecto anecdótico y de reglamentación del tiempo. El rancho, las llamadas, las visitas, los servicios de limpieza, el número con que se señala cada recluso, (el de su celda), la entrada de los paquetes, el patio, las cancelas de hierro que levantan un abismo infranqueable entre los hombres libres y los presos: todo esto se encuentra en todas las cárceles, viejas y nuevas, pobres y bien dotadas, en un régimen y en otro. La psicología del preso, por consiguiente, ha de manifestarse de una manera muy parecida siempre, y sus reacciones han de tener forzosamente una coincidencia notable. Pero sobre lo que unas y otras, en todos los tiempos, han de tener de común, las cárceles rojas, especialmente hasta mediados del año 1937, en Cataluña, se distinguieron por presencia activa en ellas de unos hombres que, sin ser precisamente del personal dirigente, por representar los grupos políticos predominantes, gozaban de un poder absoluto. Si algún momento se respiraban allí aires de optimismo y alegría, esfumábanse en cuanto ellos, armados hasta los dientes, aparecían en las galerías o en los patios. De su voluntad dependía la vida y la muerte. Ellos eran quienes impedían que, a la vista de lo inofensivos que resultaban aquellos seres que se les habían presentado como sanguinarios criminales, los oficiales de la cárcel dieran rienda suelta a los sentimientos humanitarios, que con bastante frecuencia empezaban a sentir para con nosotros. Esto último, comprensión y vista gorda y algo de temeridad por parte nuestra, explicaban que, mientras la cárcel era un antro de terror impuesto desde fuera, dentro se pudiera celebrar la Santa Misa, confesar, predicar, etc. Llegaban las formas y el vino que luego se consagraban, de las maneras más misteriosas. ¡Misa de catacumbas! ¡Con qué fervor se decía y se oía! ¡Y cómo se rezaba en aquellas circunstancias!

El valor de tantos presos ante el pelotón, aquellas cartas que se escribían a la novia o a la esposa o a los padres y a los amigos poco antes de salir para el paredón, en la Sagrada Comunión y en las confidencias sacerdotales tenían su fuente clara y abundante. Se necesitaba valor, tanto para celebrar, como para encerrarse en una celda a oír la Santa Misa; y sin embargo, fueron muy pocos, así sacerdotes como paisanos, los que resistieron a la dulce tentación. ¿Cómo iba, pues, a resistirse el P. Huix a hacer todo lo factible en aquellas circunstancias?

Junto a esto, ningún campo tan abonado como la cárcel para prodigar los desvelos de su corazón, que latió siempre para los demás. Como si lo viéramos, estamos firmemente seguros que allí se desenvolvió, desde el primer momento, como en su propio palacio. ¿Como en su palacio? Su verdadero palacio fue siempre la cercanía del necesitado, así fuera del cuerpo como del alma. Esta disposición para consolar y ayudar al prójimo era en él un hábito puesto continuamente en acto. Llegaba a delicadezas que sólo parecen estar reservadas a una madre. Los sacerdotes y religiosos que en su tiempo fueron a predicar a Ibiza y cuantos se hospedaban en el Palacio, recordarán que, a la llegada, por si durante el viaje se hubiesen mareado debido al estado del mar, tenían a punto un plato de sopa hecha con caldo de hierbas aromáticas y una cama dispuesta para descansar. Los jóvenes

que de varias diócesis vecinas acudían a Ibiza a recibir órdenes sagradas recuerdan también con ilusión aquel desayuno que se les servía, presidiendo el Sr. Obispo, después de las ceremonias, en la mesa episcopal. Los Sres. Canónigos se sentaban con él a la mesa cuatro veces al año. Comía con los seminaristas en las principales festividades escolares. Hospedaba en su palacio a todos los predicadores que de Mallorca o de la Península iban a ejercer su ministerio en la ciudad. Uno de ellos, que enfermó de cuidado a los tres días de predicar, después de las varias visitas que durante el día le hacía, veíale entrar cada madrugada para atenderlo en lo que a aquellas horas pudiera necesitar.

Sus más íntimos conocieron el solícito cuidado, cuando estaban enfermos, de aquel Obispo que sustituía las más de las veces al médico y al enfermero. Su trato tan frecuente con enfermos le había proporcionado un no vulgar conocimiento de enfermedades y medicamentos. A este respecto explicaba él mismo lo que le sucedió con un Padre anciano del Oratorio, a quien una oclusión intestinal había llevado a las puertas de la muerte, Desengañado de los médicos, había recibido ya los últimos Sacramentos. Recordando que era fumador, le dio un cigarrillo, se lo encendió, púsosele en la boca y le invitó a dar algunas chupadas. Al poco rato, decía con donaire y sonriendo: *«Auscultéle el vientre y vi que estaba curado efectivamente; la nicotina del fuerte tabaco había hecho lo que no pudieron los mejores medicamentos»*.

Los pobres abandonados saben de sus cuidados de hermanita de la Caridad. ¡Cuántas confesiones consideradas como imposibles consiguió él a costa de atenciones de esta clase! Sumamente parco en el vestir y comer, no es de extrañar que de su presupuesto personal disfrutaran tantos beneficiarios. Si el cambio de la celda oratoriana por el palacio episcopal no produjo en él la más mínima impresión, tampoco podía producírsela el del palacio por una celda carcelaria. ¡Cómo recordaría entonces sus buenos tiempos de apóstol para con los pobres de Vic y el contacto directo con las conciencias, de que se había visto casi privado por su ministerio episcopal! De haberse salvado de la hecatombe, habría contado los días de encarcelamiento como los más felices de su vida.

Pero Dios tenía dispuesto que no se prolongaran mucho, El mismo autor antes citado, continúa así su narración: *«El Comité Militar había conseguido una gran popularidad entre la chusma, ordenando el fusilamiento de los Jefes y Oficiales de la guarnición. El Comité de Salud Pública quería también conseguir el aplauso de aquellas masas y para ello estimó conveniente proceder a una selección entre los numerosos detenidos y ordenar su fusilamiento, incluyendo entre aquellos la figura destacada del señor Obispo de la Diócesis. El Comité de Salud Pública temía que el Comité Militar alcanzara mayor prestigio y popularidad entre las turbas y consideró preciso proceder a la organización de un golpe de resonancia. El pugilato entre aquéllos se había originado y sobre la carne doliente de la ciudad se procedería a debatir sus diferencias. De Barcelona había llegado una orden para que los detenidos de recia personalidad fuesen allí trasladados para ser juzgados por un tribunal. Se pretendía dar una impresión de legalidad a tanto asesinato y he aquí que de Barcelona se reclamara a buen número de los detenidos en la Cárcel Provincial de Lleida. Aquella orden originó no pocas protestas y se contestó que fuera*

formulada por escrito. De la ciudad condal insistieron telefónicamente anunciando que la orden por escrito saldría rápidamente. El Comité de Salud Pública dio su conformidad y planeaba la forma y manera de burlar aquella pretensión. Se notificó al señor Obispo y a veinte más de sus compañeros, ya seleccionados, que se prepararan para salir de la ciudad con dirección a Barcelona»...²

Y así se llegó a la madrugada del día 5 de agosto de 1936, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, Patrona de Ibiza y Formentera, conquistadas a la morisma el día 7 del mismo mes, hace siete siglos, siendo precisamente un leridano quien escaló primero las murallas de la ciudad. Aún era nacional la primera diócesis del P. Huix. Pocos días después, el 9, entraron también en ella las turbas rojas. A su paso, quedaron profanadas sus bellezas naturales, religiosas y artísticas. La tragedia de Ibiza se consumó en pocos días y bastaron unas horas, las de la noche del 13 de septiembre del mismo año, antes de reembarcar para la Península, para encharcar de sangre las losas del patio del castillo y salpicar las calles blancas de la ciudad, las flores del campo y el desembarcadero de Formentera. En el martirio de tantos sacerdotes y de los mejores caballeros, les precedería su antiguo Obispo, formando así un cortejo completo. Aún era de noche.

Prosigue el Sr. Álvarez Pallás: ***«Unos coches esperaban en la plazoleta frente a la cárcel. Salieron aquellos (los presos) rodeados de milicianos y de guardias del cuerpo de Asalto y tomaron asiento en los coches. Luego se emprendió la marcha cruzando la Rambla de Aragón, Blondel, pasando por el puente sobre el Segre y tomando la carretera de Barcelona. Eran las tres y media de la madrugada cuando aquella caravana pasaba delante del cementerio. En aquel momento, gente armada ordenaba parar los coches y preguntaban a uno de los conductores qué rumbo seguían. A Barcelona, contestó el interrogado. ¿Tenéis orden escrita para cumplimentar este servicio? insistió la misma voz. No; es orden verbal del Comité popular. Pues que se apeen los conducidos. Mientras, varios milicianos armaron sus fusiles. Aquel mandato fue obedecido. Al apearse el señor Obispo, hijo de Vic, con fina ironía y recio temple de alma se dirigió sonriente a uno de sus compañeros diciéndole: ja som a Sants, frase popular catalana que indica final de viaje; y rodeados inmediatamente por los asaltantes, a empellones les hicieron colocar en un grupo y poco después cruzaban la puerta del cementerio...»³***

No había aún amanecido. Si acaso, allá a lo lejos, empezaban a dibujarse los primeros filtros de la aurora a través de las sombras. El agotador sol leridano iba a iluminar aquella mañana la macabra escena. El Camposanto los recibió a la luz inquieta de unas antorchas sostenidas por manos vacilantes. Los tiros certeros al corazón iban segando cuerpos y liberando almas. El Obispo fue el último. A todos iba bendiciendo. El gesto molestó a un miliciano y, cuando el tiro disparado le hirió la mano derecha, levantó penosamente la izquierda. Al fin también él cayó. Ese fue el final del viaje de aquellos veintiún mártires, que habían salido pocos minutos antes de la cárcel de la ciudad para... Barcelona, a ser juzgados.

.....
² Álvarez Pallás, José M^a, *Lérida bajo la horda*, pág 42 (Lleida 1941)

³ Álvarez Pallás, José M^a, *Lérida bajo la horda*, pág 43 (Lleida 1941)